

# LA PAZ EN EL CICLO LITURGICO DE NAVIDAD

Persiguiendo la vida cristiana un ideal de paz, no es extraño que un vivo anhelo de ella lata continuo en la liturgia. La paz en el «Ordinarium Missae» es objeto del artículo precedente. En el «Ordinarium divini Officii» se pide a Dios la paz con la insistencia que exige un artículo de primera necesidad, urgente a cada hora <sup>1</sup>. En los ciclos del Misal, además de una Misa «pro pace», vemos brotar como una raíz vitalísima, el ansia de la paz. La Misa de S. Ireneo, *sequester pacis*, es un bello poema *al hombre pacífico* y una insistente petición de paz «para nuestros tiempos» (Gradual y Oraciones). En la serenidad otoñal, cumplida la cosecha, sólo queda un deseo en los labios litúrgicos: «Da pacem, Domine» <sup>2</sup>. El *pax vobis* de Cristo resucitado llena de primavera gozo el tiempo de Pascua. Y de esta paz de Cristo, la paz que nos trajo su venida al mundo, está empapado todo el ciclo de Navidad. Aparece en sus textos la paz como ansia y como promesa, como atributo del Mesías y como su gran mensaje y regalo al mundo. Vamos a recoger los principales aspectos de esta paz mesiánica en la Liturgia Romana, Misal y Breviario, en el Adviento y en el día de Navidad, ciñéndonos a su actual texto.

## I.—LA PAZ EN EL ADVIENTO.

Los antiguos Sacramentarios empiezan el año litúrgico con la fiesta de Navidad. Responde ello a la primitiva tradición, que hasta el siglo v desconoció el período preparatorio, cuatro o seis semanas, de esa fiesta, que tanto esplendor adquirió después de los Concilios de Efeso y Calcedonia <sup>3</sup>. El contenido textual del Advien-

---

<sup>1</sup> Prima, Bened. ad Lect. Brev. Sexta, Hym. Complet., Ant. ad Cant. Sim, etc.

<sup>2</sup> Introito del Dom. XVIII *post Pent.*

<sup>3</sup> SCHUSTER, *Liber Sacramentorum*, versión española, Turín, 1936, páginas 120 y 163.

to, concretamente en el aspecto que queremos estudiar, aparece como una ampliación de la solemne vigilia con que ya de antes se preparaba la solemnidad del Nacimiento. La lección I de los Maitines de Navidad, por ejemplo, contiene los seis primeros versículos del cap. 9 de Isaías. Isaías es el gran profeta del Adviento, que con la luz de sus vaticinios nos guía hasta la cuna del Niño que «nos ha sido dado» (c. 9, 6), el gran anunciador de la venida del Mesías y de su reino de paz. La primera parte del referido cap. 9, esplende como una constelación que reuniera toda la claridad de su evangelio anticipado: *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam... Laetabuntur coram te sicut qui laetantur in messe... Quia omnis violenta praedatio cum tumultu, et vestimentum mistum sanguine, erit in combustionem, et cibus ignis. Parvulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum eius: et vocabitur nomen eius... Pater futuri saeculi, Princeps pacis.* Y el vers. 7, recogido en la Ant. 2 de los Laudes del sábado *ante Nativit.*, amplía: *Multiplicabitur eius imperium, et pacis non erit finis.*

Todo el Adviento es una esperanza de este reinado pacífico y próspero; un anhelo incontenido de que venga el gran Libertador, el pacificador del orbe, el Príncipe de la paz; una ferviente súplica: *Veni, Domine, visitare nos in pace*<sup>4</sup>. Son los oráculos magníficos de Isaías los que acucian esta esperanza, avivan las ansias y prestan fórmulas a la oración. Según el *Eclesiástico* (48, 24), *por una poderosa inspiración previó las postrimerías y consoló a los afligidos de Sión.* Aparte las profecías directamente mesiánicas, la Iglesia ha visto claramente que el gran vidente, al anunciar a sus compatriotas cautivos la liberación y la nueva prosperidad de Israel, presentaba un espléndido tipo de la Redención y de los inefables bienes mesiánicos. El Breviario y el Misal sustentan nuestra esperanza con las más bellas visiones del profeta, recogidas en las lecciones del Adviento (véase, por ejemplo, el Sábado de Témperas). Y gotas de ese «rocío de miel» con que él consolara «a los afligidos de Sión», nos llueven por doquier en antífonas y responsorios, mientras hacemos subir la misma profética y patriarcal sed de celestial Rocío: *Rorate, caeli, desuper, et nubes pluant iustum.* Vivo anhelo y gozosa esperanza resumen el Adviento romano, cen-

<sup>4</sup> Ant. ad Magn. Sab. infra Hebd. I Adv.

trándose, en cuanto a la paz, en el *Princeps pacis*, sobre el que seguiremos los hilos de estas ideas:

A) Cristo liberta a sus súbditos y los devuelve a un reino seguro y pacífico.

B) Cristo nos trae la paz, por lo que, con toda la naturaleza, hay que entregarse al gozo, y al goce de la plenitud de los tiempos.

Reservamos para el día de Navidad los textos en que se une la justicia a la paz. En Adviento resalta múltiplemente la justicia del Mesías, justicia que es el fundamento de la paz, ya que sólo ella puede establecer un *orden tranquilo*. Esta *tranquillitas ordinis* agustiniana servirá de arranque a Fray Luis para explicar el nombre de Cristo *Príncipe de la paz*.

#### A) EL MESÍAS LIBERTADOR, DEFENSA Y PACIFICADOR

*Excita, quaesumus, Domine, potentiam tuam et veni*, empiezan varias colectas de Adviento. El Príncipe de la paz no tendrá una entrada fácil en su reino. Tiene que rescatarlo, a viva lucha, porque su reino está ocupado por el enemigo, sus súbditos son cautivos de la muerte y de las sombras tenebrosas. He ahí una de las más angustiadas súplicas del Adviento: *O clavis David... veni, et educ vincitum de domo carceris, sedentem in tenebris et umbra mortis*<sup>5</sup>. Pero desde el primer día los heraldos se esparcen por toda la tierra, hasta las más lejanas islas, para anunciar que «nuestro Salvador vendrá»<sup>6</sup>. Vendrá y soltará las cadenas: *Ecce Salvator venit solvere te a vinculo*<sup>7</sup>. Vendrá y alzará el yugo de la cautividad: *Ecce veniet Rex Dominus terrae, et ipse auferet iugum captivitatis nostrae*<sup>8</sup>.

Una vez de vuelta en Sión, no habrá temor, porque el mismo Salvador será el muro y el antemuro de la ciudad fuerte: *Urbs fortitudinis nostrae Sion, Salvator ponetur in ea murus et antemurale*<sup>9</sup>. La música es en «Urbs» un toque de trompeta, el toque de los grandes anuncios, como más adelante comentaremos. El pecho

<sup>5</sup> Ant. O, día 20 dic.

<sup>6</sup> Resp. VIII, Dom. I Adv.

<sup>7</sup> Ant. ad Magn. Fer. sec. infra Hebd. I Adv.

<sup>8</sup> Ant. ad Magn. Fer. sec. infra Hebd. II Adv.

<sup>9</sup> Ant. 2, Vesp. Dom. II Adv.

se ensancha en confianza con esa melodía en tono séptimo como un coral de juventud guerrera (*Septimus est iuvenum*). La cadencia del salmo va repitiendo el toque inicial, llenando de seguridad a todo el pueblo. El texto de esta antífona es del cap. 26 de Isaías, que se nos da en las primeras lecciones del domingo III: *In illa die cantabitur canticum istud in terra Iuda: Urbs fortitudinis nostrae Sion... Vetus error abiit: servabis pacem: pacem, quia in te speravimus.*

Con razón se entonará ese triunfal canto de segura paz. Porque no habrá ya guerras que la turben. En aquellos dorados días, cuando todos los pueblos suban, para aprender las sendas de la Ley, al monte de la casa de Yahveh, en concordia admirable, no podrá moverse contienda, porque el Mesías impondrá su justicia. Y será conmovedor ver a los antiguos guerreros trocar sus gladios en rejas de arado y sus lanzas en podaderas <sup>10</sup>. Lejos de una desbocada carrera de armamentos, se han sometido a voluntario olvido de todo ejercicio militar: *Non levabit gens contra gentem gladium, nec exercebuntur ultra ad proelium*. Es la auténtica edad de oro. Precisamente este trozo de Isaías (2, 2-4), que coincide con *Miqueas* 4, 1-4, se lee en la Misa del Miércoles de Témperas, llamada por los antiguos *Misa áurea*. Cristo nos trae la gracia, que, como dice Fray Luis, *cría paz en todo el hombre*. Renovando Cristo tan profundamente al hombre por la gracia, nadie mejor que El puede ser llamado padre de la *gens aurea* que anunció el poeta <sup>11</sup>.

Con esa encantadora descripción profética de la edad mesiánica tiene analogías la virgiliana edad de oro. La impresión de semejanza se acentúa cuando leemos en los Maitines del domingo II, lecs. 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>: *Habitabit lupus cum agno, et pardus cum haedo accubabit: vitulus et leo et ovis simul morabuntur, et puer parvulus minabit eos... Et delectabitur infans ab ubere super foramine aspidis... Non nocebunt, et non occident...* <sup>12</sup> Es gustoso emparejar los versos de Virgilio, por más que, como anota Carcopino, no sea preciso supo-

---

<sup>10</sup> En la comedia de Aristófanes «La Paz», restablecida ésta, el fabricante de azadones se burla del de espadas (vv. 548-9). Cf. también *ibid.*, vv. 1191-1264.

<sup>11</sup> VIRGILIO, *Egl.* IV, v. 9.

<sup>12</sup> *Is.* 11, 6-9. Otra descripción, tan poética como exacta, de los tiempos mesiánicos, es el cap. 35, que se lee en los Maitines del dom, IV de Adv.

ner que el poeta «haya compulsado las profecías de Israel»<sup>13</sup>. Dice el «poeta Christi»:

«...nec magnos metuent armenta leones.  
ipsa tibi blandos fundent cunabula flores.  
occidet et serpens, et fallax herba veneni  
occidet»<sup>14</sup>.

Sin temor a lobos ni a leones, el *Príncipe de la paz*, hecho buen Pastor, podrá apacentar, en «divina y riquísima paz», su grey de redimidos: *Sicut pastor gregem suum pascet*. Con suavidad infinita, *in brachio suo congregabit agnos, et in sinu suo levabit*<sup>15</sup>.

B) CRISTO TRAE LA PAZ. GOZO UNIVERSAL. LA PAZ ES CIFRA DE TODOS LOS BIENES.

La visión del *Príncipe de la paz* está fija en la espera del Adviento. La liturgia, como un heraldo, nos asegura rotundamente que «el Señor vendrá». Es la antifona 4.<sup>a</sup> de las Vísperas y Laudes del domingo IV, que se repite en el mismo lugar de los Laudes de la Vigilia de Navidad. El heraldo<sup>16</sup> nos invita a salir al encuentro del Príncipe y hasta nos indica la aclamación triunfal con que debemos recibirle: *Dominus veniet, occurrите illi, dicentes: Magnum principium, et regni eius non erit finis: Deus, fortis, dominator, princeps pacis, alleluia, alleluia*. Esta solemne antifona se canta en un bellísimo tono 1.<sup>o</sup>, como las tres que la preceden. En diversas formas, todas expresan, muy plásticamente, el mismo momento, el momento clamoroso de la espera de un rey: órdenes a las trompetas, preparativos apresurados, movimiento y fervor. El entusiasmo culmina al proclamar, en la antifona 4.<sup>a</sup>, la excelsitud de este Príncipe, cuyo reino es inmenso y eterno: *Magnum principium*. Y repasando algunos de los títulos que el profeta le diera, el heraldo se

<sup>13</sup> Cf. VIRGILIO, *Eglogas*, anotadas por A. Tovar. Madrid, 1936. *Egl.* IV, not. al v. 22.

<sup>14</sup> *Egl.* IV, vv. 22-25.

<sup>15</sup> Lect. III, Sab. Temp.—*Is.*, 40-11.

<sup>16</sup> En el Resp. I, Fer. Quart. Temp. se invita a los *heraldos de la paz* a que clamen con toda la potencia de su voz.

extasia ante su divinidad (véanse los cuatro *sol* seguidos, con sendos retardos, en la música de *Deus*). La melodía, dulce y serena, tiene en *Princeps pacis* una serie de episemas, como deleitándose en saborear las palabras, en contemplar al *Príncipe de la paz*, que se acerca ya. Se le ve venir espléndido, majestuoso y dulce. Por eso los dos *alleluia* que siguen suenan a comienzo de ovación jubilosa y viva. El *alleluia*, que tanto se repite en Adviento, diferenciándolo profundamente de la austeridad cuaresmal <sup>17</sup>, es el canto más propio para el Señor que viene del Austro a visitarnos en paz: *Ecce ab Austro venio, ego Dominus Deus vester, visitare vos in pace*. Son palabras de un responsorio que se canta varias veces, precisamente con la frase *visitare vos in pace* como repetición responsorial del coro, insistente promesa que calma toda inquietud <sup>18</sup>. Como variaciones sobre el mismo tema, leemos *visitare populum suum in pace* (Resp. 9 del dom. 2.º) y: *Veni, Domine, visitare nos in pace* (Ant. ad Magn., sáb. 1.º de Adv.).

Esta paz, añade la última antífona citada, hará rebosar la alegría en nuestro corazón, plenamente saciado con este bien universal y perfecto que es la paz: *ut laetemur coram te corde perfecto*. Por eso salta la alegría, como una vena incontenible, por toda la liturgia de Adviento. <sup>19</sup> Hay que desechar todo temor. El confortante *nolite timere* nos sostiene a lo largo de todo el camino hacia ese encuentro con el Señor que será la Navidad. El gozo, sentimiento que tanto campea en el Adviento, llena especialmente todo el domingo tercero, precisamente porque el *Príncipe de la paz* está ya cerca. Gozo y paz van unidos en la enumeración que S. Pablo hace de los frutos del Espíritu. En el texto de la Carta a los *Filipenses* que se lee este domingo tercero, la paz, la paz de Dios, viene también tras el gozo en el Señor. *Dominus prope est*: La liturgia entiende esta cercanía del Señor, de su venida en la próxima Navidad. Por ella se siente impulsada a invitarnos con insistencia a la alegría: *Gaudete in Domino semper: iterum dico, gaudete* (Introito, etc.). No puede haber angustia, *nihil solliciti sitis*, en la espera de tal día, en que, como dice

---

<sup>17</sup> SCHUSTER, o c., pp. 121-2.

<sup>18</sup> Fer. tert. inf. Hebd. I; Fer. quart. inf. Hebd. II, etc.

<sup>19</sup> Cf. PIO PARSCH, *El Año Litúrgico*, Buenos Aires, Edics. Desclée, tom. I, pp. 29-30.

el tercer responsorio de Maitines, el Señor *deponet omnes iniquitates nostras, et proiciet in profundum maris omnia peccata nostra*.

La Misa, esta Misa con ornamentos rosa como una aurora del gran día, la celebraba antiguamente el Papa en San Pedro con extraordinario esplendor, inaugurando con ella las alegrías pascuales del Nacimiento. Entonaba en ella el *Gloria*, que todo el clero continuaba <sup>20</sup>. Todavía hoy el órgano señala el festivo gozo de que está henchido el domingo *Gaudete* y toda la semana que le sigue, ya que los textos de la Misa son los mismos para toda ella. Continuando la misma línea gozosa, la antífona 2.<sup>a</sup> de Laudes y Vísperas, con una melodía exaltada, invita a Jerusalén a un gozo desbordado: *Ierusalem, gaude gaudio magno*. La alegría de la Jerusalén repoblada a la vuelta de la cautividad es, siguiendo a Isaías, en la liturgia de Adviento un tipo constante de la alegría del mundo ante los tiempos mesiánicos. Como todo se alegra al llegar el siglo de oro presentido por Virgilio, *adspice, venturo laetantur ut omnia saeclo* (v. 52), al llegar al mundo el *Príncipe de la paz* los montes cantarán laudes, las selvas aplaudirán con sus manos de fronda, saltará de gozo el desierto y reirá con una floración de lirios <sup>21</sup>. Es lógico que toda la naturaleza se alegre con la llegada del reino de la paz, puesto que ésta colma todas sus ansias. «Es, sin duda, el bien de todas las cosas universalmente la paz... y este es el blanco adonde enderezan su intento, y el bien a que aspiran todas las cosas» <sup>22</sup>. Pues la paz será el gran regalo de Cristo al mundo: *Et pax erit in terra nostra, dum venerit* y su mensaje para las gentes: *Loquetur pacem in gentibus* <sup>23</sup>. Una paz sin fin: *Et pacis non erit finis* <sup>24</sup>. Un río de paz: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis* <sup>25</sup>. Y con la paz vendrá la abundancia (ya la antigüedad representaba a la Paz llevando el cuerno de la abundancia), la abundancia de todos los bienes, porque

---

<sup>20</sup> Cf. SCHUSTER, o. c., pp. 128-9.

<sup>21</sup> Ant. 4, Dom. II; Lect. I, Dom. IV (*Is.* 35, 1-10). En la antífona (extraordinaria dulzura la de este tono cuarto) nótese el plasticismo musical en «*plaudent manibus*».

<sup>22</sup> FR. LUIS DE LEÓN, *Los Nombres de Cristo*, Princ. de la Paz. Edic. del P. Félix García, B. A. C. Madrid, 1944. Pág. 598.

<sup>23</sup> Resp. II, Dom. III Adv.

<sup>24</sup> Art. 2, Laud. Sab. ante Nativ.

<sup>25</sup> Lect. II ad Matut. Fer. VI inf. Hebd. IV Adv.

ella es la cifra de todo bien. Es la plenitud del tiempo, como se canta en responsorios y antífonas: *Ecce iam venit plenitudo temporis, in quo misit Deus Filium suum in terras* <sup>26</sup>.

La liturgia recoge en sus lecciones las maravillosas descripciones que Isaías hizo de ese tiempo pleno de bendiciones y delicias. Si al nacer el *puer* virgiliano, *ipsae lacte domum referent distenta capellae ubera* (vv. 21-22), la lección 2.<sup>a</sup> del viernes IV de Adviento (*Is.* c. 66), nos promete: *Ad ubera portabimini*. Y si en la nueva edad de oro no será necesario el comercio ni la agricultura, porque *omnis feret omnia tellus*, en el reinado del Mesías *panis frugum terrae erit uberrimus et pinguis* <sup>27</sup>. Y si en la adolescencia del hijo de héroes *durae quercus sudabunt roscida mella* (v. 30), el día que el Niño Divino nazca *stillabunt montes dulcedinem et colles fluent lac et mel*. Esto se canta en la primera antífona del ciclo, en un tono octavo que nos baña de serena paz, dulce y dorada paz de miel (nótese *mel*, musicado con un *climacus* como un gotear de panales).

## II.—LA PAZ EN LA LITURGIA DEL DÍA DE NAVIDAD.

### REX PACIFICUS

*Rex pacificus*: Así se abre la liturgia de este gran día, por el que hemos suspirado, durante todo el Adviento, con toda la tierra y con los siglos antiguos: *Cuius vultum desiderat universa terra*. Es la primera antífona de las primeras Vísperas. He ahí el estandarte blanco del Rey que llega, su título primordial y el programa de su gobierno. He ahí la razón primaria de la magnificencia con que hoy se le va a cantar: *Rex pacificus magnificatus est*. Será tema perenne en la orquestal liturgia de Navidad. Y el tema queda expuesto con toda claridad desde el compás primero. La segunda antífona es sólo una inversión de la melodía: *Magnificatus est Rex pacificus super omnes reges universae terrae*.

La antífona primera va acompañada del *Salmo* 109, que canta al Mesías Rey, Rey de paz. Es un oráculo de Yahveh (v. 1 del hebr.),

<sup>26</sup> Ant. 3, Laud. Fer. sec. ante Nativ.; Resp. V, Dom. IV, etc.

<sup>27</sup> Lect. II, Fer. III, Hebd. III Adv.



que S. Pablo nos interpretará: *Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech*. Por la divina filología del Apóstol sabemos que «este Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios Altísimo, ...es primeramente, según la interpretación de su nombre, rey de justicia, y luego, además, rey de Salén, que es rey de paz» (*Hebr.* 7, 1-2).

Como un astro de paz, aparece el Salvador benigno, humanísimo en su divinidad, Rey misericordioso que prodiga gracias: *Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei*, etc. <sup>28</sup>. Es esta luz de paz la que súbitamente ha cambiado la faz del mundo. El mundo es nuevo y feliz como en su primera infancia, porque «un niño nos ha nacido». Un niño que es el *Príncipe de la paz*. Está aquí de nuevo el gran heraldo para anunciárnoslo. La profecía de *Isaiás* (lec. I, Noct. I) termina ahí: *Princeps pacis*, como si toda la lección fuera en busca de ese título del Mesías, como resumiendo en la paz los bienes que El nos trae <sup>29</sup>.

## IUSTITIA ET PAX

Los textos litúrgicos de la Vigilia de Navidad se centran en el *mañana* con una expectación absorbente. El *hoy* sólo tiene sentido como espera del *mañana*. Como una obsesión, dos o tres frases lo llenan todo con sus giros múltiples. Lo llenan de gozo anticipado, porque es segura la próxima dicha. He aquí uno de esos textos: *Crastina die delebitur iniquitas terrae*. Cuando la Vigilia cae en domingo, se canta también como verso aleluyático en la Misa. Es un tono octavo que respira tal serenidad, un gozo tan pleno, que no puede nacer más que de la inefable paz de un reino del que se ha desterrado la turbadora *iniquidad*. Ya se nos había asegurado que ni una «mala bestia» quedaría <sup>30</sup>.

El destierro de la *iniquidad* es condición previa para el reinado pacífico. La justicia, que la hace desaparecer, es, según el *Salmo* 88,

<sup>28</sup> Epist. Mis. *In Aurora*; *Tit.* 3, 4-7.

<sup>29</sup> El tema de la luz asociada al *Princeps pacis*, vuelve a aparecer en el Introito de la Misa de la aurora.

<sup>30</sup> Lect. II, Dom. IV Adv.

que se canta esta noche (*Noct. III*), la *preparación* del trono divino (el *fundamento*, según el nuevo Salterio). La justicia aparece constantemente, en la liturgia de este día, como preparación y fundamento de la paz mesiánica <sup>31</sup>. Ya durante el Adviento se nos había dicho repetidamente que el Mesías empezaría por ahí su gobierno: *Faciet iudicium et iustitiam in terra* (Resp. 9, dom. I de Adv.); *Implebit Sion iudicio et iustitia* (Lecc. 2, juev. terc.). En esta *noche santa*, el *Salmo 44* (tercero del *Noct. prim.*), anima al Rey Mesías a pelear por la justicia: *Feliciter evehere pro fide et pro iustitia*. Es más, el salmista sabe bien que El «ama la justicia y aborrece la iniquidad» (v. 8), que «tiene la diestra llena de justicia» (*Salmo 47*, prim. del *Noct. II*). La justicia es el óleo que se le ha ungido Rey (*Salmo 44*, v. 8).

Su reino de justicia está cantado en los dos últimos salmos de Maitines, exultantes y espléndidos, muy semejantes entre sí y con un mismo final. El *Salmo 95* está lleno de entusiasmo (en el pleno y primario sentido de ἐνθουσιασμός): exaltada alabanza a Dios, Rey de toda la tierra, repetidas y vivas invitaciones a darle gloria. En un arrebatado lírico, trata de levantar en vilo a todas las criaturas, que deben unirse a las triunfales aclamaciones al Rey que viene a juzgar «al universo con justicia y a los pueblos en su fidelidad» (v. últ.).

El *Salmo 97*, fulgurante canto de victoria, nos dice que el Señor *in conspectu gentium revelavit iustitiam suam* (*revelavit*: esta es la noche del magno *alumbramiento*). Hay que alegrarse, pues, rotunda y desbordadamente. Y el salmista organiza una orquesta magnífica, total: cítaras, salterios, trompas y bocinas; ¿qué?, la creación universal: mares sonantes, tierras, ríos que aplauden, montes que saltan ante el Señor que viene, que viene a gobernar «el orbe de la tierra con justicia». Es una renovación restauradora del mundo, una reorganización de su armonía <sup>32</sup>, ante la cual las criaturas deben sentirse con el gozo primitivo que tuvieron recién nacidas. Maravillosa visión la del responsorio segundo: *Hodie illuxit nobis dies redemptionis novae, reparationis antiquae, felicitatis aeternae*. En

---

<sup>31</sup> Justicia y paz van también muy fijamente unidas en los clásicos. Véase el art. *Opus Iustitiae Pax* del P. I. RODRÍGUEZ, en este mismo número de la Revista.

<sup>32</sup> La venida de Cristo *consagra al mundo* (*Martirologio. Rom. 25 de dic.*).

este concierto no le es lícito al hombre discordar con sus viejas vilezas: *Noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire*. Tiene que ser, él sobre todo, *nova creatura novumque figmentum*»<sup>33</sup>.

La armonía universal ha vuelto a resonar desde que, en el reino de Cristo, la justicia y la paz se han dado un beso. Lo canta el *Salmo* 84 (terc. del seg. Noct.), cuya suavidad ha ido goteándonos ya por todo el Adviento. Pero en esta «noche de paz» ha de cantarse entero. El salmista, al ponerse a escuchar lo que Yahveh va a decir, está ya seguro de que «hablará de cierto pacíficas palabras a su pueblo» (v. 9). La salvación está próxima. Se ve ya a la Misericordia y a la Fidelidad que vienen a encontrarse en amigable cita. La Justicia y la Paz van a besarse. La Fidelidad va a brotar de la tierra como una flor, y la Justicia la mirará como un sol fecundante. Ya sabemos que Cristo es el *Sol iustitiae*<sup>34</sup>. La bendición divina a esos desposorios es una lluvia de bienes: *Dominus quoque dabit bonum*. Y así la tierra rinde una espléndida cosecha: *Et terra nostra dabit fructum suum*. La antífona, como un estribillo epitalámico, vuelve a cantar, en un tono octavo lleno de σωφροσύνη: *Veritas de terra orta est, et iustitia de caelo prospexit*.

Ha comenzado el reino de justicia y de paz, y es preciso anunciarlo a todo el orbe. Ahí está el pregón, como un unísono de gran orquesta, en arrebatado tono: *Orietur in diebus Domini abundantia pacis, et dominabitur*. Esta antífona, segunda del Nocturno segundo, va seguida del *Salmo* 71, del que está tomada. El salmo es una hermosa profecía del reino mesiánico de justicia y de paz, que manan de los montes y florecen para siempre: *Afferent montes pacem populo et colles iustitiam* (v. 3); *Florebit in diebus eius iustitia et abundantia pacis, donec deficiat luna* (v. 7). De tal riego y de tal floración, ha de resultar una cosecha opima: *Erit abundantia frumenti in terra (molli paulatim florescet campus arista, dirá Virgilio)*. Pero no es la tierra sólo. Los cielos hoy llueven miel: *Hodie per totum*

<sup>33</sup> S. LEÓN M., leccs. del seg. Noct.

<sup>34</sup> Cristo aparece como Sol a lo largo de toda la liturgia de Navidad. Roma trasladó esta fiesta al 25 de diciembre para oponerse al culto pagano del *Sol invictus*. Cfr. SCHUSTER, o. c. p. 169; L. EISENHOFER, *Hanbuch der katholischen Liturgik*, I 565 ss.; H. FRANK, en *Lexikon für Theol. u. Kirche*, s. v. *Weihnachten*.

*mundum melliflui facti sunt caeli. (Et durae quercus sudabunt ros-cida mella)* <sup>35</sup>.

### ET IN TERRA PAX

Cristo nació «estando todo el orbe en paz», como pregona solemnemente el Martirologio <sup>36</sup>. Sin embargo, solamente con Cristo bajó, del cielo, la verdadera paz al mundo: *Hodie nobis de caelo pax vera descendit* (Resp. 2 de Mait.). «Porque como sigue la luz al sol, dirá nuestro Fray Luis, así este beneficio acompaña a Cristo siempre, y es infalible señal de su virtud y eficacia. La otra cosa es, que ninguno jamás, aunque lo pretendieron muchos, pudo dar a queste bien a los hombres, sino Cristo y su Ley. Por manera que no solamente es obra suya esta paz, mas obra que El solo la supo hacer; que es la causa por donde es llamado su *Príncipe*» <sup>37</sup>.

Es natural que hoy resuene repetidas veces en la liturgia el canto angélico de la paz, mensaje y don de Cristo al mundo: Responsorio 1, Antífona 4 de Laudes, Antífona *ad Benedictus*. Pero como es necesario recordar a los hombres diariamente este divino mensaje, ha sido incorporado al Ordinario de la Misa. Como en este sentido es estudiado en el artículo precedente, sólo haremos notar la bellísima melodía de la antífona cuarta de Laudes, expresivamente descriptiva, con ese toque inicial de trompetas <sup>38</sup>, la frase movidísima en *multitudo caelestis exercitus*, la reverencia recogida en *gloria in excelsis Deo*, el remontarse, como alondra veloz, para cantar allá en lo alto un *pax* extáticamente prolongado, el descender verticalmente a la tierra, trayendo la paz celeste a la humilde angustia de los hombres. ¡Qué oportuno, tras esta antífona, el cántico *Benedicite omnia opera Domini Domino!* Toda la naturaleza debe cantar en esta noche, más clara que el día: *Deus, qui hanc sacratissimam noctem veri luminis fecisti illustratione clarescere* (Col.

<sup>35</sup> Resp. VIII Mait. y Egl. IV, v. 30.

<sup>36</sup> 25 dic. Es el texto más solemne y entonado de todo el *Martir. Rom.* Su recitación es acompañada en algunas abadías de bellas ceremonias.

<sup>37</sup> *Los Nombres de Cristo*, ed. c., p. 608.

<sup>38</sup> Es el diseño de los grandes anuncios. Cf. el *Commun.* del día de Pentecostés.

Mis. *In Nocte*). Todavía bajo el mismo mensaje angélico se cantará el *Benedictus: Ut illuminet eos qui in tenebris et in umbra mortis sedent, ut dirigat pedes nostros in viam pacis*.

### DUM MEDIUM SILENTIUM TENERENT OMNIA

No es fácil olvidar la luz de la noche sacratísima. Gloria suya, como de la noche pascual, es haber traído el cielo a la tierra y unido lo humano a lo divino: *Nox, in qua terrenis caelestia, humanis divina iunguntur* <sup>39</sup>. Fué en el quieto silencio de la medianoche, canta el Introito del domingo infraoctava de Navidad, cuando el Verbo de Dios bajó del cielo: *Dum medium silentium tenerent omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus, Domine, de caelis a regalibus sedibus venit*. Misteriosa y poética visión del libro de la *Sabiduría* (c. 18, 14-15, muerte de los primogénitos egipcios), que la liturgia aplica a la gran noche de la paz.

Bajo el cielo «sembrado de estrellas» comienza a hablar del *Príncipe de la paz* el Marcelo de Fray Luis: «Porque, ¿qué otra cosa es sino paz, o ciertamente una imagen perfecta de paz esto que ahora vemos en el cielo, y que con tanto deleite se nos viene a los ojos?... Y si así se puede decir, no sólo son un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene y los que hace en todas las cosas» <sup>40</sup>. Con el pregón callado de las estrellas entró en su reino terrestre el *Príncipe de la paz*. Detrás bajaban los ángeles cantando paz a los hombres de buena voluntad.

ENRIQUE R. PANYAGUA, C. M.

---

<sup>39</sup> Sáb. Santo, Bendic. del cirio pascual.

<sup>40</sup> *Los Nombres de Cristo*, ed. c., p. 597.